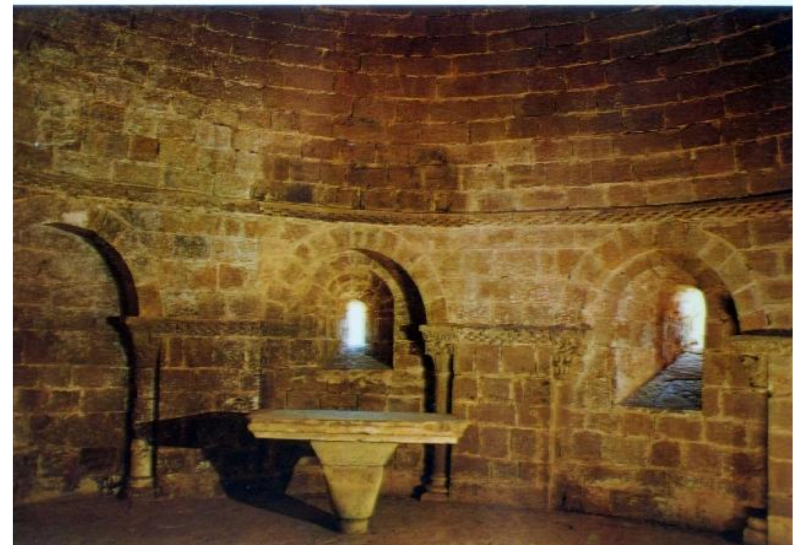


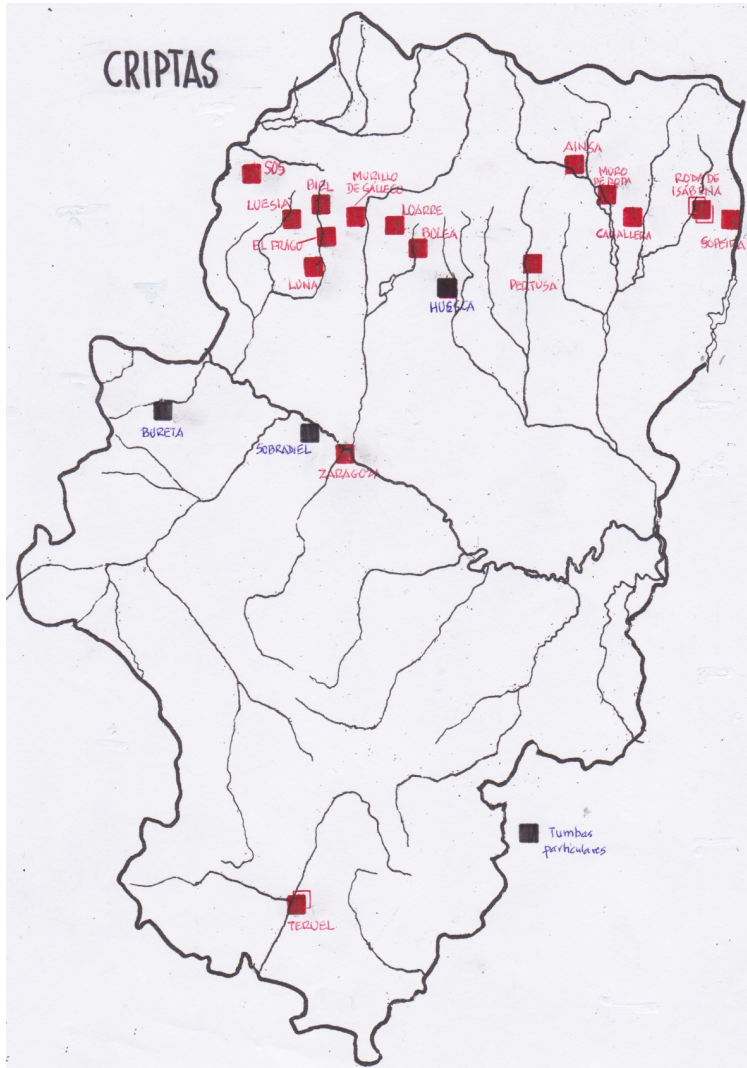
UNA CRIPTA CON SANTO ARAGONÉS

Aunque la palabra cripta nos viene de Roma ('crypta'), en realidad es de origen griego ('krypte'=esconder) y cualquiera que haya entrado alguna vez en alguna de ellas podrá testificar que eso es así. De ahí que el *Diccionario* la describa bien como “cueva o recinto para enterrar a los muertos” ya como “recinto subterráneo destinado al culto en una iglesia”. Estamos refiriéndonos a un recinto arquitectónico situado bajo el suelo de una iglesia, al que se desciende por unas escaleras a menudo angostas y mal iluminadas que todavía proporcionan mayor misterio a su visita cuando no miedo a algunas personas. Las escaleras nos llevan a una estancia generalmente oscura que tiene que ser iluminada las más de las veces artificialmente para acabar viendo un altar, una tumba o ambas cosas a la vez. La tumba suele ser de un religioso, en ocasiones un santo, pero no siempre, pues ejemplos tenemos también de señores temporales que descansan en lugares tan especiales porque tenían poder y dinero para poder hacerlo.



Cripta del castillo de Loarre.

Cuando nos referimos a una iglesia parece que nos referimos solo al continente, a lo que se ve por fuera y ya es mucho, pero no lo es todo. Por dentro puede estar arruinada, desvalijada y esquilhada a consecuencia de una guerra, por ejemplo.

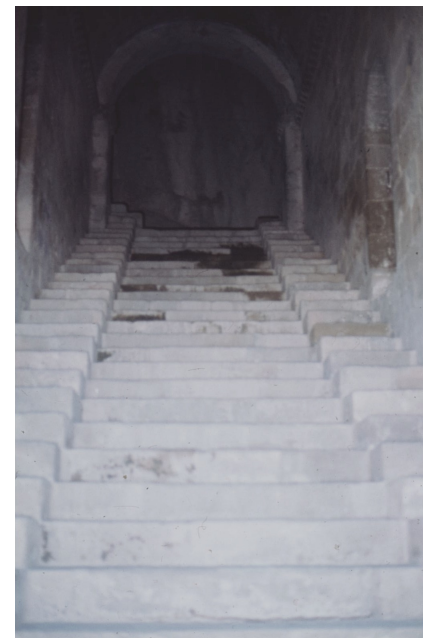


Una iglesia es muchas cosas a la vez por dentro y por fuera y cada una de ellas puede tener, aparte del valor sentimental, interés e importancia distintos desde ángulos muy dispares. Sin ser mucho menos exhaustivos citaremos algunos de sus componentes: arquitectura, escultura, relieves, estatuas, torres, campanas, altares, capillas, cruces procesionales, imágenes, cantorales, coro, órgano, sillerías, pila bautismal, ornamentos sagrados, etc., pero en ese largo etcétera no podemos olvidar las criptas.

Cuando nos adentramos y profundizamos en el mundo de las criptas eclesiales nos damos cuenta de que es un legado patrimonial bastante escaso en Aragón, lo cual ya le proporciona algo de fundamento a nuestro viaje pues vamos buscando cosas únicas, raras y extraordinarias para ir a verlas. El mapa que acompaña a estas líneas es bastante expresivo. Y además nos muestra de manera fehaciente que para un buen montón de cosas las orillas izquierda y derecha del Ebro se comportan de manera distinta con el río de divisoria.

En nuestra tierra las primeras criptas son románicas fundamentalmente para cumplir dos finalidades: enterrar muertos y ayudar a nivelar el terreno en que había de asentarse una iglesia. De manera habitual este habitáculo se corresponde con el ábside de la iglesia, el espacio que rodea al altar mayor, aunque algunas –como la de San Salvador y San Esteban de Sos– sobrepasan con creces esta especie de norma.

Efectuaremos un breve y somero recorrido señalando las más llamativas pues la finalidad es terminar visitando una de ellas en concreto. Comencemos por las tres que sirven para acoger la tumba de algún prohombre: desde el siglo XVIII, en Bureta reposan los restos mortales de varios de sus condes lo mismo que en Sobradriel lo hacen los propios; pero nada menos que en la catedral de Huesca podemos hallar la cripta de los Lastanosa. Dignas de una visita son tres o cuatro más: la enorme –es la mayor de todas– de la Iglesia de San Salvador y San Esteban de Sos del Rey Católico, cargada de arte, especialmente de pinturas románicas; la archinometrada de Santa Engracia en Zaragoza, con la santa titular y los Innumerables Mártires; y la de la iglesia del castillo de Loarre por su curiosa doble entrada, una de ellas desde las escaleras que ascienden a la fortaleza y la otra desde la iglesia. Las criptas son, pues, un elemento poco común en nuestra tierra y nosotros vamos a hacer un viaje –para algunos un poco largo pues depende desde donde se vaya– a ver una de esas rarezas, que aún lo es más cuando vemos no es una sino tres criptas distintas, repletas de pinturas murales románicas y, en medio, la tumba excelentemente decorada de un santo aragonés, y no cualquiera como se verá.



Para asombro de propios y extraños, Roda de Isábena, una diminuta población donde las haya, con 49 habitantes en 2019, ocupa más o menos el vigésimo segundo lugar de Aragón por la cantidad y valoración de su patrimonio. Claro que solo los componentes de su ex catedral aglutinan más de la mitad. Sin desdeñar el resto, tres actividades colman las ansias de paz de cualquier humano: tomar un café en la plaza de la ex catedral, pasear con calma por su casco urbano y sentarse a leer un buen rato dentro del claustro románico. De casi el cien por cien de lo que en Roda podemos ver y saborear se debe a la iniciativa de un cura, el padre Lemiñana, siempre trabajando subido en el andamio tras haber mendigado para adquirir algo del cemento necesario para levantar ruinas.

Por estas tierras, cuando el territorio cristiano aragonés no sobrepasaba la Sierra de Guara, entraba, o salía según se mire, un camino de peregrinación, y no lo decimos por decir, pues tenemos los nombres y profesiones de varios romeros.



Dentro de la ex catedral, todo atrae la atención, pero nosotros nos vamos directos hacia la triple cripta. Allí nos espera el santo, dentro de un sepulcro rodeado de relieves con Historia y muchas historias. Mas si levantas la vista, en el pequeño ábside o en la pared casi tocas a Cristo pintado en versión románica pura. Hay que hacer un esfuerzo para sostenerle la mirada. Incluso buscas afanoso a ver si está uno representado entre los muchos y diversos personajes que aparecen a sus pies, cosa que no me extrañaría.

Como la guía seguro que narrará algo sobre la fama de milagrero que tenía el obispo Ramón, san Ramón para su pueblo desde nada más morir ya que a la Iglesia le costó algo más hacerlo santo, a poco silencio que haya la imaginación te hace abstraerte y pensar...

Cómo se pueden catalogar estos tres hechos al menos extraordinarios. En primer lugar, por mucho que estuviéramos en los años sesenta/setenta del siglo pasado, cómo pudo el cura Lemiñana actuar por su cuenta para reconstruir el solo todo aquello sin arquitecto, sin delineante, sin dinero y muy posiblemente sin permisos; en segundo lugar, cómo fue capaz Alfonso I el Batallador de pedirle perdón tras haberlo perseguido a muerte instigado por el obispo Esteban de Barbastro no solo por una cuestión de límites, sino por la pertenencia de Ramón a la facción innovadora europea frente al inmovilismo del obispo barbastrense; en tercer lugar, cómo es posible que famoso Erik el Belga, años después haber un sonado robo en Roda devolviera varias de las cosas sustraídas incluida la silla de San Ramón que posiblemente tengamos en estos momentos ante nuestros ojos. ¿Sólo casualidades?

Nos arranca de estos tontos pensamientos la guía que nos acompaña. En efecto, nos está mostrando la historia de la silla robada y devuelta algo deteriorada del obispo Ramón. Como nos sabemos la historia, mientras salimos al recoleto claustro románico y nos asomamos a la hospedería actual, recuerdo uno de los muchos atribuidos al obispo santo.

Como se ha dicho, tras dura y tenaz persecución que le hizo vagar escondiéndose por las montañas limítrofes, San Ramón acabó refugiándose en donde murió. Desde ese momento, su fama de santo varón lo convirtió en personaje central de multitud de leyendas, una de las cuales reproducimos para finalizar esta narración:

“En cierta ocasión, dos soldados cristianos estaban cautivos de los moros en tierras de Castilla. Sufrían un severo encarcelamiento en una mazmorra lóbrega, con una escasa pitanza al día, en condiciones sanitarias deleznales y cargados de grilletes que les sujetaban a la pared. Las posibilidades de escapar por sus propios medios de aquella prisión eran prácticamente nulas y las de recibir ayuda, ninguna.



En la última contienda entre castellanos y aragoneses, en la que estuvieron presentes, debieron tener conocimiento de la fama de santidad que adornaba al ex obispo de Barbastro, Ramón, ya fallecido, y de los muchos milagros que solía hacer Dios por su mediación en beneficio de sus devotos, de modo que decidieron invocarle con gran esperanza.

Aquel día, cuando intuyeron que había caído la noche, pues desde su mazmorra no tenían noción del transcurso del tiempo, oraron piadosamente poniendo sus pensamientos en el santo obispo rotense. Inmediatamente se les cayeron los grilletes y las cadenas y se abrieron de par en par las puertas de la prisión, de modo que pudieron escapar amparados en la oscuridad reinante.

Sin dudarlo, se dirigieron al reino de Aragón camino de Roda de Isábena, donde se postraron ante la tumba del santo, dando testimonio a todo el mundo del milagroso acontecimiento y dejando colgados en una pared cercana las cadenas y los grilletes que les habían tenido prisioneros”.

Una cripta, un santo, un milagro... Un día completo.